

TEMA 16 LOS ENCUENTROS CON EL CRUCIFICADO RESUCITADO **ITINERARIO DE FORMACIÓN CRISTIANA**

La fe en Cristo resucitado

- 1. Una fe nueva en Dios, Padre de Jesucristo**
 - Dios, fiel a sus promesas
 - Dios vencedor de la muerte
 - Dios, futuro del hombre
 - Dios, protesta contra el mal
- 2. Una fe nueva en Jesús, resucitado por el Padre**
 - Jesús, nuestro Salvador
 - Jesús, Hijo de Dios vivo
 - Jesús, vivo en su comunidad
 - El encuentro con Jesús vivo
 - Cristo resucitado, futuro del hombre
- 3. Una fe nueva en la vida del hombre**
 - El mal no tiene la última palabra
 - La historia del hombre tiene una meta
 - Una nueva fuerza liberadora
 - La fuerza resucitadora del amor
- 4. Algunos rasgos de la esperanza cristiana**
 - Realismo
 - Inconformismo
 - Compromiso
 - En comunidad
 - Esperanza cristiana y esperanza humana

Para continuar el estudio de nuestra fe en Cristo resucitado

- 1. Lectura**
- 2. Preguntas para una reflexión**
- 3. Bibliografía**

La Fe en Cristo Resucitado

La ejecución en una cruz puso en entredicho todas las pretensiones de Jesús. La cruz parecía dejar las cosas claras:

Jesús había sido un hombre bueno y justo quizás, pero un hombre iluso totalmente equivocado. Si de verdad Jesús tenía razón al anunciar un mensaje de salvación a los hombres, al garantizar el perdón a los pecadores y al invocar a Dios como Padre, solo Dios lo podía decir. Si en Jesús se encerraba algo único, solo Dios lo podía confirmar. Y lo ha hecho resucitando a Jesús de la muerte.

La resurrección de Jesús es la mejor noticia que podíamos recibir los hombres. Es la resurrección de Jesús la que sostiene y da sentido a nuestra fe. “Si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación, vana también vuestra fe_ Si solamente para esta vida tenemos puesta nuestra esperanza en Cristo, somos los más desgraciados de todos los hombres. Pero no, ¡Cristo resucitó de entre los muertos!” (1 Co 15, 14-20).

La resurrección de Jesús ha sido el acontecimiento decisivo para la fe cristiana. A partir de la resurrección, los cristianos creemos en *Dios* con una luz nueva, vivimos nuestra fe en *Jesús* con una profundidad nueva, comprendemos *nuestra existencia* y nos enfrentamos a ella con una esperanza nueva. Vamos a tratar de comprender un poco la novedad que nos aporta la resurrección de Jesucristo.

1. UNA FE NUEVA EN DIOS, PADRE DE JESUCRISTO

A partir de la resurrección de Jesús, los creyentes podemos creer en Dios con una luz nueva.

Dios, fiel a sus promesas

Si Dios ha resucitado a Jesús, quiere decir que Dios es fiel a sus promesas. Dios es incapaz de abandonar en la muerte al que le invoca con fe, como Padre. Si Dios ha resucitado a Jesús, quiere decir que Dios no abandonará a los hombres, no defraudará nunca la esperanza que los hombres pongan en El, no permitirá jamás el fracaso final de aquellos que le invoquen como Padre. En Cristo resucitado, Dios se nos descubre como un Padre fiel a

sus promesas de salvar al hombre, un Padre dispuesto a salvar al hombre por encima de la muerte.

Dios, vencedor de la muerte

En Cristo resucitado descubrimos que Dios es capaz de resucitar lo muerto. Dios no es solamente el Creador. Dios es un Padre, lleno de amor y de vida, capaz de superar el poder destructor de la muerte y dar vida a lo que ha quedado muerto (Ef 1, 18-20).

Se entiende la fe de los primeros creyentes que mantienen su esperanza en medio de esta vida en que todo camina, de alguna manera, hacia la muerte. “No pongamos nuestra confianza en nosotros mismos sino en Dios que resucita a los muertos” (2 Co 1, 9).

Dios, futuro del hombre

Si Dios ha resucitado a Jesús, quiere decir que Dios no es un Dios de muertos sino de vivos. Dios no quiere la muerte sino la vida de los hombres. Al resucitar a Jesús, Dios se nos descubre como Alguien que no permitirá que una vida humana vivida en el amor termine en el fracaso de la muerte. Dios es el futuro que le espera al hombre que sabe amar.

Los primeros cristianos han vivido convencidos de que Dios no permitirá jamás que un hombre que ha vivido como Jesús, desde el amor y para el amor, entregado al Padre y a los hermanos, termine su vida en la muerte. Así escribe uno de ellos: “Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a nuestros hermanos” (1 Jn 3,14)

Dios protesta contra el mal

Al resucitar a Jesús, Dios se nos descubre como Alguien que no está de acuerdo con nuestra existencia actual, llena de sufrimientos y dolor, y destinada fatalmente a una muerte que rompe todos nuestros logros y proyectos.

Todavía más. En Cristo resucitado. Dios se nos descubre como Alguien que no está conforme con un mundo injusto en el que

los hombres somos capaces de crucificar al mejor hombre que ha pisado nuestra tierra. Al resucitar a Jesús, Dios nos descubre su reacción y su protesta final ante un mundo de injusticia y de violación de la dignidad humana. Así predicarán los primeros creyentes: “Vosotros lo matasteis... pero Dios lo resucitó” (Hch 2, 23-24).

2. UNA FE NUEVA EN JESUS, RESUCITADO POR EL PADRE

A partir de la resurrección, los creyentes vivimos con una fe nueva nuestro seguimiento a Jesús.

Jesús, nuestro Salvador

En la resurrección descubrimos los cristianos que Jesús es nuestro único Salvador. El único que nos puede llevar a la liberación y a la vida. “No hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debemos salvarnos” (Hch 4, 12). El mensaje de Jesús tiene un valor muy distinto al que puedan tener los mensajes de otros profetas. La actuación salvadora de Jesús tiene un valor muy distinto al que pueden tener las de otros liberadores. Dios no ha resucitado a cualquier profeta o a cualquier liberador. Dios ha resucitado a Jesús de Nazaret.

En la resurrección de Cristo hemos descubierto que nuestra vida tiene salida. Hay un mensaje, hay un estilo de vivir, hay una manera de morir, hay Alguien que nos puede llevar hasta la vida eterna: Jesucristo. “A éste le ha exaltado Dios con su derecha como jefe y Salvador” (Hch 5, 31).

Jesús, Hijo de Dios vivo

La resurrección nos ha descubierto que la muerte de Jesús no ha sido una muerte cualquiera. Su muerte ha sido el paso a la vida de Dios. La resurrección nos ha descubierto que Jesús no era un hombre cualquiera. Dios, realmente es su Padre. Un Padre del que Jesús recibe toda su vida. Por eso, Jesús no ha quedado abandonado en la muerte.

A partir de la resurrección, los cristianos creemos en Jesús, el Hijo de Dios vivo, lleno de fuerza y creatividad, que vive ahora junto al Padre, intercediendo por los hombres e impulsando la vida hacia su último destino (Hb 7, 25; Rm 8, 34).

Jesús, vivo en su comunidad

Si Jesús ha resucitado no es para vivir lejos de los hombres. El Resucitado está presente en medio de los suyos. “Sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20).

Los cristianos creemos que Cristo vive en medio de nosotros. No estamos huérfanos. Cuando nos reunimos dos o tres en su nombre, allí está El (Mt 18, 20). La Iglesia no es una organización solitaria, una comunidad que camina sola por la historia. Es el “cuerpo de Cristo” resucitado. Es Cristo resucitado el que anima, vivifica y llena con su espíritu y su fuerza a la comunidad creyente (Ef 4, 10-12).

El encuentro con Jesús vivo

Jesús resucitado no es un personaje del pasado. Para los cristianos, Cristo es Alguien vivo que camina hoy junto a nosotros en la raíz misma de la vida (Jn 14, 13-14). Creemos que Jesús no es un difunto. El actúa en nuestra vida, nos llama y nos acompaña en nuestra tarea diaria (Lc 24, 13-35).

Por eso, creer en el Resucitado es dejarnos interpelar hoy por su palabra viva, recogida en los evangelios. Palabras que son “espíritu y vida” para el que se alimenta de ellas (Jn 6, 63). Creer en el Resucitado es verlo aparecer vivo en el último y más pequeño de los hombres. Es decir, saber acoger y defender la vida en todo hermano necesitado (Mt 25, 31-46).

Cristo resucitado, futuro del hombre

Jesús, resucitado por el Padre, solo es “el primero que ha resucitado de entre los muertos” (Col 1, 18-19). El se nos ha anticipado a todos para recibir del Padre esa vida definitiva que

no está también reservada a nosotros. Su resurrección es el fundamento y la garantía de la nuestra (1 Co 15, 20-23).

No podemos creer en la resurrección de Jesús sin creer en nuestra propia resurrección.

“Dios que resucitó al Señor, también nos resucitará a nosotros por su fuerza” (1 Co 6, 14). En Cristo resucitado se inicia nuestra propia resurrección porque en El se nos abre definitivamente la posibilidad de alcanzar la vida eterna.

3. UNA FE NUEVA EN LA VIDA DEL HOMBRE

A partir de la resurrección de Jesús, los cristianos comprendemos la vida del hombre de una manera radicalmente nueva y nos enfrentamos a la existencia con su horizonte nuevo.

El mal no tiene la última palabra

Si hay resurrección, ya el sufrimiento, el dolor, la injusticia, la opresión, la muerte_ no tienen la última palabra. El mal ha quedado “despojado” de su fuerza absoluta.

Si la muerte, último y mayor enemigo del hombre, ha sido vencida, el hombre no tiene ya por qué doblegarse de manera irreversible ante nada y ante nadie. Las muertes, las luchas, las lágrimas de los hombres continuarán, pero, si se vive con el espíritu del Resucitado, no terminarán en el fracaso. Los cristianos nos enfrentamos al mal y al sufrimiento de la vida diaria, sabiendo que a una vida “crucificada” solo le espera resurrección. Nos sostiene la palabra de Jesús: “En el mundo tendréis tribulación, pero, ánimo, yo he vencido al mundo” (Jn 16, 33).

La historia del hombre tiene una meta

Con la resurrección de Jesús se nos ha desvelado el sentido último de la historia. Ahora sabemos que la humanidad no camina hacia el fracaso, la historia de los hombres no es algo enigmático, oscuro, sin meta ni salida alguna. La vida de los hombres no es un breve paréntesis entre dos vacíos silenciosos.

En el Resucitado se nos descubre ya el final, el horizonte que da sentido a la historia humana.

Una nueva fuerza liberadora

La fe en la resurrección es fuente de liberación. El que cree en la resurrección tiene una nueva fuerza de liberación ya que su vida no puede, en definitiva, ser detenida por nada ni por nadie. La fe en la resurrección puede y debe dar a los creyentes capacidad para vivir entregados sin reservas, con el espíritu de Jesús, de manera incondicional y sin presupuestos. La fe en la resurrección se debe convertir para el creyente en una llamada a la liberación individual y colectiva.

La fuerza resucitadora del amor

En la resurrección de Jesús descubrimos la fuerza resucitadora del Espíritu. Lo que ha resucitado a Jesús y lo ha levantado de la muerte es el Espíritu que lo animó a lo largo de su vida. Y es ese mismo Espíritu y ese mismo amor el que nos resucitará a nosotros si vivimos impulsados por él (Rm 8,11).

Una vida animada por el Espíritu de Jesús no terminará en la muerte. Resucitaremos en la medida en que hayamos vivido con el Espíritu de Cristo. De todos nuestros esfuerzos, luchas, trabajos y sudores, permanecerá lo que haya sido realizado en el Espíritu de Jesús, lo que haya estado animado por el amor (Ga 6, 7-9).

4. ALGUNOS RASGOS DE LA ESPERANZA CRISTIANA

Vamos a señalar brevemente algunos rasgos de la esperanza cristiana

Realismo

Los creyentes han sido acusados con frecuencia de irrealismo. La única postura válida y realista será enfrentarse a la realidad presente sin soñar con un futuro que todavía no existe y que no sabemos si existirá alguna vez.

Los cristianos creemos que la única manera realista de acercarnos a la vida es tomando en serio todas las posibilidades que se hallan encerradas en la historia de los hombres. El creyente se acerca a la realidad como algo inacabado, algo que está en camino de realizarse, algo que está en construcción. El que se aferra a la realidad tal como es, el que se instala y se establece en esta vida tal como actualmente es, no es realista pues excluye el futuro, niega el porvenir y, por lo tanto, niega las posibilidades que encierra la historia de los hombres. Solo desde la esperanza cristiana buscamos nosotros un significado pleno a la vida.

Inconformismo

El que de verdad cree, espera y ama el futuro último de Dios para los hombres no puede conformarse con el mundo actual tal como está. La esperanza no tranquiliza al creyente sino que le inquieta, ya que nos descubre la distancia enorme que todavía nos separa del futuro último de Dios que nos está reservado.

El cristiano, precisamente porque cree en un mundo nuevo, no puede tolerar la situación actual llena de odio, mentira, inquietud, injusticia, opresión, dolor y muerte. Su esperanza le obliga a cambiar, renovar, transformar, dejar atrás todo esto. La esperanza cristiana, bien entendida, desinstala e impulsa al creyente a adoptar una actitud de inconformismo, protesta, lucha, transformación y renovación. El que no hace nada por cambiar la tierra es que no cree en el cielo, pues acepta el presente como algo definitivo (Ef 5, 8-11).

Compromiso

La esperanza cristiana debe impulsar al creyente a configurar la realidad actual a la luz del futuro que se nos promete en Cristo, para crear ya, en lo posible y lo mejor posible, lo que estamos llamados a vivir definitivamente.

Los creyentes deben luchar ahora contra toda injusticia, esclavitud, odio, deshumanización, pecado_ que esté en

contradicción con lo que esperamos para el hombre. La esperanza cristiana debe destruir en nosotros toda falsa resignación ante el mal instaurado en nuestra sociedad o en nuestras personas.

En comunidad

La esperanza cristiana no se puede vivir aisladamente sino en comunidad. Todos los creyentes formamos “un solo cuerpo y un solo Espíritu como una es la esperanza a la que hemos sido llamados” (Ef 4, 4). Por encima de nuestros conflictos, divergencias y enfrentamientos, los cristianos deberíamos exigirnos mutuamente una cosa: “esperar contra toda esperanza” en Jesucristo.

Esperanza cristiana y esperanza humana

El creyente no puede mantenerse ajeno e indiferente ante tantos hombres que no comparten su fe, pero que se esfuerzan por mejorar la sociedad, animados por otras esperanzas y objetivos más inmediatos.

Pero, el cristiano tampoco se identifica sin más con cualquier movimiento transformador. Por una parte, sabe relativizar esas esperanzas siempre limitadas y orientarlas hacia el futuro último que le espera al hombre.

Por otra parte, el cristiano rechaza la presunción que puede encerrarse en una lucha que pretende realizar de manera definitiva la historia en un momento determinado de la misma. Las metas que logramos los hombres son siempre provisionales, penúltimas. Nuestra meta última está en Dios, Padre de nuestro Señor Jesús.

PARA CONTINUAR EL ESTUDIO DE NUESTRA FE EN CRISTO RESUCITADO

1. Lectura

Estudiar el relato de los discípulos de Emaús (Lc 24, 13-35) tratando de ver cómo el descubrimiento del Resucitado se realiza escuchando su palabra y participando en su cena.

2. Preguntas para una reflexión

- ¿Qué dificultades encuentras para vivir en nuestros días, la esperanza cristiana?
- ¿Dónde descubres signos para mantener y enriquecer tu esperanza cristiana?
- ¿Cómo acrecentar de manera concreta nuestra fe en Cristo resucitado?

3. Bibliografía

K. LEHMANN, *Jesucristo resucitado, nuestra esperanza* (Santander, 1982). Ed. Sal Terrae.

Obra sencilla donde de forma meditativa, pero profunda, se nos presenta a Cristo resucitado como fundamento de nuestra esperanza.

G. LOHFINK, A. VOGTLE, R. SCHNACKENBURG, W. PANNENBERG, *Pascua y el hombre nuevo*

Diversos artículos de interés sobre el significado de la Pascua y su importancia para el hombre actual.